EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

HAZ BIEN...

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR,

PEZ.—40.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1877.

HAZ BIEN...

HAZ BIEN...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 14 de Octubre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSUELO......................	Sra. Álvarez Tubau.
DOÑA ALEJANDRA..............	Sra. Valverde.
PASCUALA......................	Srta. Ballesteros.
SERAFIN........................	Sr. Mario.
DON JUAN.......................	Jover.
ANTONIO........................	Romea.
UN OFICIAL.....................	Valle.

Hombres, mujeres, niños y soldados.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una plaza: calles practicables á derecha é izquierda del espectador: es de dia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALEJANDRA, D. JUAN.

Doña Alejandra asomada al balcon de la primera casa de la derecha; D. Juan al pie del balcon cuidadosamente embozado.

JUAN. Adios, Alejandra, adios.
ALEJ. Ten mucho cuidado, Juan,
y no te bajes del tren
hasta que deje de andar.
Eres muy precipitado
y estás muy machucho ya,
y si á descuidarte llegas,
te puedes estropear
alguna parte importante
de tu personalidad.
JUAN. No olvidaré tus consejos.
ALEJ. Cuidadito con hablar
con las mujeres, si alguna
contigo en el coche va.
JUAN. Tambien celos?

ALEJ. No me ofendas.
No olvides que tu mitad
en dos mitades te parte
si la llegas á faltar.
JUAN. Corriente.
ALEJ. Dale un abrazo
á Gustavo..
JUAN. Bien está.
ALEJ. Por mí, y otro por Consuelo.
JUAN. Bien: no se te ocurre mas?
ALEJ. Escucha.
JUAN. Vuelta? qué quieres?
ALEJ. Ven.
JUAN. Me voy cargando ya!
¡Que voy á perder el tren!
No me dejarás en paz?
ALEJ. Quieres la maleta?
JUAN. Dale!
ALEJ. Es mucha tu terquedad.
Ni una camisa siquiera
para poderte mudar
llevas.
JUAN. Pero no te he dicho
que pienso estar por allá
á lo sumo un par de dias?
Si á mí me gusta viajar
á la inglesa.
ALEJ. Pero al ménos
la merienda.
JUAN. Otra qué tal!
Si hay fondas en el camino,
para qué quiero llevar
almuerzo? Si yo no como,
si desde el dia fatal
en que me casé contigo,
encanto de tu mamá,
se me quitaron las ganas
de comer y de almorzar,
y el estómago he perdido
y la paciencia y la paz,
pues como á tí me entregué
vivo dado á Satanás.

ALEJ. Como te ves en la calle
bien te atreves á gritar,
esposo del alma mia.
Anda, sube al principal,
que en estando á mi nivel
te voy á desnivelar.
JUAN. Vaya, adios.
ALEJ. ¿No llevas nada?
JUAN. Que no!
ALEJ. Qué cara de agraz.
Si quieres te freiré...
JUAN. Refrito me tienes ya.
ALEJ. Es claro: con tal calor
tan embozado...
JUAN. Ahí verás.
ALEJ. Hombre, quítate esa capa,
que despues refrescará,
y entónces...
JUAN. Hasta la vista.
Ya no te puedo aguantar.
ALEJ. Adios: que te cuides mucho,
que no descarriles, Juan.
JUAN. No te apures, ya no tengo
edad de descarrilar.
(Hace que se va y vuelve.)
Oye, que no salgas.
ALEJ. Bien.
De aquí ya no salgo mas...
(hasta que te vayas tú.)
JUAN. Hasta la vuelta.
ALEJ. Adios ya.
(Alejandra entra y cierra el balcon.)

ESCENA II.

D. JUAN.

Ha cerrado las vidrieras.
Qué tranquilas estarán!
Ellas dichosas que pueden
gozar de tranquilidad!
Qué inocente! Me ha creido.

En hablándola formal,
si la digo que es de noche
ahora mismo, sostendrá,
mirando al sol, que se puso
y que no está donde está.
Vaya. Me tiene un respeto,
casi miedo... Voto á tal!
Miedo? Quién no me lo tiene?
Si yo hago al orbe temblar!
Ir de viaje... sí, de viaje;
buen viaje el tal viaje está.
Un gran viaje al otro mundo
es quizás y sin quizás
el que emprendo en este dia
que España no olvidará.
La maleta... la merienda...
digo! ¿qué falta me harán
maleta, bota y merienda
para ir á la eternidad?
Mas ¿la eternidad? Quién teme?
Morir? Yo soy inmortal!
La muerte me tiene miedo
y no se puso jamás
á mi alcance. Hoy, como siempre,
me tiene que respetar.
Iré donde debo ir,
estaré donde he de estar,
cumpliré con mi deber,
y el mundo entero dirá
que yo tengo el corazon
grande como catedral!
(*Mirando á todas partes.*)
Ese amigo no parece.
Maldito de Barrabás!
Le cité en casa. Ya es tarde.
Aquí no puedo esperar.
Si al balcon sale Alejandra
y me ve, ¿qué me dirá?
Qué dia! Yo estoy sudando!
Hace un calor infernal.
Es mucho trabajo ¡no
poderme desembozar!

Quisiera... pero si ven...
No, no. Paciencia y sudar! (Se emboza mas.)

ESCENA III.

D. JUAN, ANTONIO.

Entra Antonio por la izquierda andando con precaucion.

JUAN. ¡Qué veo, Antonio, tú, tú?
ANT. Yo soy.
JUAN. ¿En tu juicio estás?
¡Con toda la luz del sol
te sales á pasear!
Imprudente! ¿No comprendes
á lo que te expones?
ANT. Bah.
JUAN. Por ver á Pascuala, es claro.
ANT. Quién ha dicho? Yo, no tal.
JUAN. Vete, hombre, no me impacientes.
Si álguien te ve por acá
y te conoce, es posible
que lleguen á sospechar
y sepan... y entónces el...
(Le habla al oido.)
ANT. Vamos, no se apure más.
Como visto de paisano
nadie me conocerá.
Porque me han mandado vengo.
Con usted tengo que hablar.
Necesito saber algo
de que usted me informará.
Conviene pensarlo todo.
Dígame ¿dónde están las?...
(Le habla al oido.)
JUAN. Allí voy yo, con que no
te tienes que preocupar.
Eso lo dejé arreglado
y aquello tambien lo está.
Lo otro ya lo preparé
y de esto ya no hay que hablar.
Los unos están corrientes

y los otros lo estarán.
Los de aquí... ¡Jesús María!
Los de allí... ¡Qué atrocidad!
Aquel tiene la cabeza
más dura que un pedernal;
pero como éste le ha hablado,
aunque por fatalidad
se encontraba con el otro
allí, le hizo vacilar,
y entónces esos y aquellos
y hasta los de más allá
dijeron que sí. Los otros,
despues de mucho dudar,
parece que se deciden.
Por lo que comprenderás
que ni esto, ni eso, ni aquello
nos puede salir hoy mal.
¿Me entiendes?

ANT. No he de entender.
Si habla con tal claridad
que asombra.

JUAN. En fin, ya veremos.

ANT. Ah! dígame usted, ¿y las?...
(Le habla al oido.)

JUAN. Pues está claro, con los... (Habla al oido.)
¿En dónde habían de estar?

ANT. Bien: iremos por allí?... (Al oido.)

JUAN. No, mejor es por allá... (Al oido.)

ANT. Qué cabeza tiene usted.
Qué modo de organizar!

JUAN. Qué quieres. Tal es mi práctica.

ANT. Pero usted, ¿dónde estará?

JUAN. Yo en todas partes, Antonio,
luchando como un chacal.

ANT. Cómo suda usted!

JUAN. Si no
me puedo desembozar.

ANT. Que no puede usted! Por qué?

JUAN. Si me ven...

ANT. No le verán.

JUAN. Viene gente?

ANT. Nadie llega.

JUAN. Ay! no puedo respirar!
Oye bien: en la cintura
llevo todo un arsenal:
dos pistolas, dos alfanjes,
una espada y un puñal.
Adios, que ya es tarde.
ANT. Adios.
JUAN. Tú, vete.
ANT. Ya voy, don Juan.
JUAN. Corro á coger dos ó tres
carabinas nada más.
Desembozarme no puedo!
Dios mio! Cuánto sudar!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA IV.

ANTONIO.

Irme sin verla... Sería
de seguro lo mejor.
¡Irme sin ver á Pascuala!
Se subleva el corazon.
¿Pero y si álguien me conoce
y se descubre el complot?
Debiera marcharme, sí;
pero no es posible, no,
pues en viendo esa casita
en donde vive mi amor,
el demonio á generala
me toca en el corazon.
Vamos, sal, Pascuala mia,
que aún hoy no ha salido el sol,
que quiere escuchar tu Antonio
la trompeta de tu voz,
y sufrir el tiroteo
de esos ojos que te dió
el Señor para matarme.
Es ella! Válgame Dios!
Preparen... Apunten... Fuego!
Caballeros... ¡ya se armó!

ESCENA V.

ANTONIO, PASCUALA, sale de la casa.

PASC. Antonio, tú!...
ANT. ¿Qué te asombra?
PASC. Te he visto desde el balcon
y bajé corriendo.
ANT. Gracias.
PASC. ¿Cómo en Madrid?
ANT. Qué sé yo.
El señorito Gustavo
me ha dado una comision
y para cumplirla vengo;
pero no digas que estoy,
porque es comision secreta.
PASC. Pues van á salir las dos
y si te ven..
ANT. (Asustado.) Jesucristo!
¿Van á salir?
PASC. ¿Por qué no?
ANT. Pascuala, dí que no salgan,
que no salgan por favor.
PASC. Pero qué motivos?
ANT. Muchos.
PASC. Habla, dime cuáles son.
ANT. Dilas que dice la gente
que va á haber. Es un rumor
que corre.
PASC. Bien: qué va á haber?
ANT. No me entiendes?
PASC. No por Dios.
ANT. Qué se va á armar... Me comprendes?
PASC. El qué se va armar?
ANT. (Señor!
Qué hermosa es y que animal!
Y quererla... Esto es atroz!)
Que se va á armar un motin,
jarana, revolucion.
PASC. Ay! Dios mio de mi vida!
Pero eso es cierto?
ANT. Pues no.

No ves las tiendas cerradas?
No ves bajo aquel farol
un corro de hombres? No ves
que la gente *comm'il faut*
está encerrada en su casa
esperando la funcion?
No ves las calles desiertas?
Ya hace rato que estoy yo
en esta plaza y ni un alma
ha pasado. Qué pavor
y qué miedo, y qué cerote
que tiene la poblacion!
Ahora me entiendes?

PASC. Ya caigo.

ANT. De tu burra?

PASC. Si señor.

ANT. Eso lo creo difícil,
que estais tan juntas las dos
que sin caballo pudieras
formar en un escuadron.

PASC. Mas por qué es ello?

ANT. No sé.
Nadie lo entiende en rigor.
Porque unos dicen que sí;
porque otros dicen que no;
porque los que arriba están,
oyes? como que ellos son
los que están encima, dicen
no se puede estar mejor;
porque los que están abajo
como los de abajo son,
¿me comprendes? aseguran
no se puede estar peor;
porque los que están arriba
no quieren, y con razon,
ponerse debajo, que es
muy mala colocacion;
porque los que están abajo
desean estar mejor
y quieren ponerse encima,
en lo cual tienen razon.
Y unos exclaman que sí,

y otros contestan que no,
y unos chillan y resisten
y otros tiron que tiron,
y de tanta algarabía
y de enredo tan atroz,
el motivo y el por qué
á lo más lo saben dos:
los demas salen, se baten,
les rompen el esternon,
y del por qué saben sólo
que lo saben esos dos.

PASC. Pero tú?

ANT. Yo no, Pascuala.
Soy todo moderacion.

PASC. Ni el señorito Gustavo...

ANT. Quiá, mujer, aunque en rigor
lo que es yo tengo ya ganas...

PASC. ¿De qué?

ANT. No es por ambicion;
ganas de ser general.
Ya me canso: no soy Job.
Llevo dos años y medio
de soldado y ya es razon.

PASC. Por Dios, Antonio!

ANT. No temas.
Cuando mi palabra doy...

PASC. No corras esos peligros.

ANT. Mayores peligros son
los que á tu lado se pasan.

PASC. Á mi lado?

ANT. Qué calor!
si tú tienes en los ojos
dos cajas de municion!
(Canastos! Qué viene gente!)
Adios! Hasta luego.

PASC. Adios.

(Sale Antonio por la izquierda. Entra Pascuala en casa.)

ESCENA VI.

SERAFIN.

Entra por la derecha muy de prisa mirando á todas partes y examinando las casas y balcones.

SERAFIN. Se aleja de mí... Se esconde...
Ni aquí, ni allí, ni acullá.
Señor! dónde vivirá,
dónde hallarla, dònde, dónde?
Yo quiero, yo quiero verla!
Mas ¡ay! no basta querer.
Sólo Madrid puede ser
digna concha de tal perla,
y en Madrid hallarla espero.
Ay! para volverme loco
me debe faltar muy poco.
Yo la adoro, yo me muero!
Tres largos meses cautivo
ya de sus encantos llevo,
tres meses há que no bebo,
tres meses há que no vivo,
tres meses fuera de centro,
tres que deliro y me ofusco,
y tres meses que la busco
y tres ya que no la encuentro.
Es este horrible existir.
¡Al asesino, al ladron!¡
Que me dé mi corazon
que así no puedo vivir!
Hallarla y morir despues!
Ay! estoy desfallecido,
en ayunas he salido
y lo ménos son las tres.
Ya no vuelvo. Registrar
deseo toda la tierra.
Y mi desgraciada perra
que espera para almorzar!
Calles, plazas, callejones,
Madrid todo he recorrido,

y tengo el cuello torcido
de mirar á los balcones.
(Haciendo de repente movimientos de alegría.)
Qué veo! en aquella reja!
Es su nariz, su nariz!
Qué dicha! Ya soy feliz!
(Se dirige á la reja: se detiene.)
Pero no, que es una vieja.
(Fijándose repentinamente.)
En aquella esquina! Aquel
bulto que allí se movió!
Es ella, sí... Pero no (Deteniéndose.)
que es un mozo de cordel.
Un gallego. Voto al chápiro!
Á Leganés voy á ir.
Qué bárbaro! Confundir
un ángel con un gaznápiro!
Dios mio! Por qué la hallé?
Todas las tardes al viento
cómo la encontré le cuento,
pára viento y oyéme.
Vivos mis recuerdos son.
Yo estaba en el Escorial
y mi fastidio mortal
paseaba en la estacion.
Meditaba: al poco rato
sentí profundo vaiven.
Era que avanzaba un tren
haciendo fú! como un gato.
Corriendo con furia loca,
dando saltos como hiena,
lanzando como alma en pena
llamaradas por la boca.
Hierros sacudiendo y grillos,
silbando estridentemente,
y extendiendo cual serpiente
sus acerados anillos.
Cuando á la estacion llegó
el expres no se detuvo,
pero el ímpetu contuvo
y lentamente pasó.
Por mi mal quise mirar

y de pronto llegué á ver
una mujer, ¡qué mujer!
No hay quien la pueda pintar:
ojos rasgados y azules,
milagro, asombro, portento,
rivales del firmamento
con sus expléndidos tules.
Larga trenza que aprisiona,
trenza que el cielo envidió,
porque el sol la concedió
lo mejor de su corona.
Boca de dulce bullir,
cuello esbelto, mano breve,
y me rio de la nieve
en mirándola reir.
Obra maestra del Eterno,
gallarda como palmera,
fresca como primavera
y nevada como invierno.
Perla, diamante, topacio,
llegó cual errante estrella,
brilló solitaria y bella
y se perdió en el espacio!
Yo ciego correr la ví,
y llorando me quedé!
(Fijándose de repente en la parte de la izquierda.
Dios mio! Qué veo, qué!
Corramos! Es ella, sí!
(Sale corriendo por la izquierda.)

ESCENA VII.

ALEJANDRA, sale de la casa del proscenio de la derecha.

ALEJ. Jesús, Jesús, qué chiquilla!
No se acaba de vestir.
No puedo esperar en casa.
Me pasearé por aquí
y si tarda me voy sola.
Consuelo! No quiere oir.
(Se pasea agitada.)

ESCENA VIII.

ALEJANDRA, PASCUALA, sale de la casa.

PASC. Señora, la señorita
que baja pronto.
ALEJ. Sí, sí.
Ya hace dos horas y media
que espero. No tiene fin
su toilette.
PASC. Pues aún la falta,
suba usted.
ALEJ. Qué he de subir.
PASC. Como usted no espera á nadie...
ALEJ. Es que soy un polvorin.
En tomando la mantilla,
cual si abrieran el toril,
á la calle, no hay remedio.
¿Yo esperar? Yo soy así!
PASC. Pues mire usted, bien mirado
no debiera usted salir.
ALEJ. ¿Y por qué?
PASC. Dicen que hoy
vamos á tener motin.
ALEJ. ¿Y qué?
PASC. Que puede haber tiros
y carreras por ahí.
ALEJ. ¿Y qué?
PASC. Que pueden herirla.
ALEJ. ¿Y qué?
PASC. Que puede morir.
ALEJ. ¿Y qué? Mírame de frente
¿Me he turbado, tiemblo, dí?
Pues con el mismo valor
me vieras frente á cien mil,
en Cannas y Trasimeno
contra Annibal combatir.
Mi marido es un leon,
yo sus ejemplos seguí,
y capaz soy, si es preciso,
en las calles de Madrid,

de batirme sola contra
toda la Guardia Civil.
PASC. Señora, por Dios, qué miedo!
ALEJ. Eso es un grano de anís,
Pascuala: no tengas miedo
jamás, imítame á mí.
Mi padre, sábio académico,
que profesor en Madrid
era de historia romana
allá por los años mil,
de aquellas nobles matronas
el esfuerzo varonil
infundió en el alma mia
y á la romana viví.
Yo el dia entero pasé
en conversacion sutil,
con Tito Livio, Nepote
y Salustio; yo me fuí
á la cama con Lucrecia,
y con Teodora á dormir,
y con Zenobia la hermosa,
y con Lesbia la gentil;
yo soñé con Heliogábalo
que era todo un arlequin;
y me levanté con César,
mancebo de tanto chic,
que en viéndole una mujer
su honor miraba en un trís.
Á la romana pensé,
á la romana sentí,
y tengo el alma romana
y romana la nariz.
Yo quisiera haber nacido
cerca del Tirreno, allí
donde el silencioso Tiber
contempló un dia feliz
á las matronas romanas
en literas de marfil,
conducidas por esclavos,
llevando encima de sí
diez millones de sextercios,
cientos de maravedís.

Allí donde el claro sol
al subir hasta el Zenit,
alumbró acueductos, foros,
templos de oro y de zafir,
y escalinatas de jaspe,
donde como en un cogin
descansaban los plebeyos
en delicioso dormir,
siendo dueños de la tierra
del uno al otro confin.
Allí donde hubo heroinas
que no temian morir,
y no se hallaba un cobarde
ni buscado con candil.
Allí donde el Capitolio
levantaba la cerviz
sobre el monte que le daba
nombre que acabas de oir;
en donde la vía sacra
enseñó al hombre, que aquí
polvo somos, *pulvis sumus*,
dicho en hermoso latin,
y en donde la vía Apia,
que era un hermoso jardin,
convidaba con sus sombras
tranquilas, llamada así,
Apia, porque estuvo á trechos
sembrada de peregil.
Mas yo no tengo la culpa.
Si romana no nací,
fué sólo porque mis padres
vivian en Chamartin,
y nacieron en la Mancha
sin consultármelo á mí.

PASC. Me ha dejado usted absorta.
Qué prodigioso país!
Con usted de buena gana
me domiciliara allí.

ALEJ. Ya de aquello nada existe,
pues del Danubio y del Rhin
con Atila y Alarico
una multitud cerril

á quien llamaban los bárbaros,
bajó en busca de botin.

PASC. ¿Y llegaron á esta tierra?

ALEJ. Vaya, vinieron aquí
y no se han vuelto á marchar.
Por eso de tal raiz
halla una tantos retoños.

PASC. La señorita...

ALEJ. Por fin!

ESCENA IX.

DICHAS, CONSUELO, sale de la casa.

ALEJ. Cuánto has tardado!

CONS. Leía
una carta.

ALEJ. ¿Para tí?

CONS. Para las dos. De Gustavo.

ALEJ. Ya.

CONS. Desde Valladolid.

ALEJ. Está bueno?

CONS. Sano y bueno.
Tiene un modo de decir
las cosas, tan misterioso...
Debía tener *spleen*
al escribirnos. Qué carta!
Qué digresiones sin fin!
Algo le pasa de fijo
y no lo quiere decir.
Está muy triste.

ALEJ. Los hombres,
un dia no y otro sí
tienen un humor muy negro,
y lo suelen dividir
con su familia, pues gozan
cuando nos hacen sufrir.
Él está rabiando allá,
y porque rabien aquí
nos manda por el correo,
ya que él no puede venir,

la mitad de sus rabietas,
y así ménos infeliz
se juzga él allá, pensando
que rabian todos aquí.
Así los hizo el demonío,
resignacion y á vivir.
Vaya, vamos.

CONS. ¿Dónde vamos?

ALEJ. ¿Salir no querías?

CONS. Sí.
Mas como dice Pascuala
que se prepara un motin.

ALEJ. ¿Y á mí qué? Tienes tú miedo?

CONS. Miedo no; mas siento en mí
dolor, amargura, pena,
indignacion!

ALEJ. (Asustada.) (San Dionís!
Ahora leccion de moral
y sermon. Será de oir.)

CONS. (Con mucha vivacidad.)
Yo no te comprendo, madre,
no, jamás te comprendí.
No me interrumpas; ya sé
lo que me vas á decir.
Sé que tú tienes un alma
muy noble, más varonil,
sin las dulces armonías,
sin el amante sentir,
sin la infinita ternura
que el Señor nos puso aquí.
Tú no eres mujer, ni sientes,
ni sabes lo que es sufrir.

ALEJ. Muchacha! (De oro y azul
me ha puesto este serafin!)

CONS. ¿Por qué de combates sueñas
con el terrible rugir?
Eres ciega? No ves que
no ostentas en la cerviz
pesado casco guerrero,
sino velo muy sutil,
que el aire agita y eleva,
y el cual nos quiere decir

que algo somos delicado,
algo que desde el confin
de la tierra se levanta
queriendo escapar de aquí,
algo ligero que flota
y al cielo quiere subir.
¿No ves que tus pobres manos
no pueden con un fusil?
¿No ves que nunca blandieron
en la más sangrienta lid,
más toledanas espadas
que agujas para zurcir,
más lanzon que las tijeras
ni otro escudo al combatir,
que el férreo y duro dedal
en el dedo chiquitin!
¿No ves que nuestra mision
es mision de paz aquí;
sentir, amar y coser,
coser, amar y sentir!
¿Por qué sueñas con batallas?
Por qué no lamentas, dí,
como yo lo que sucede!
Todo esto está perdido, sí.
La sociedad va sin brújula;
de la mar no se ve el fin;
el puerto está oscuro y lóbrego;
se oye al huracan rugir;
yace olvidada la reja;
brilla luciente el fusil;
la razon suspira y calla;
triunfa la voz del clarin,
y somos muy animales,
aun yendo en ferro-carril.

ALEJ. Hija mia, cuánto charlas!
Toda á tu madre, eso sí.
Tú eres la paz: yo la guerra,
pero charlamos sin fin,
y de la cabeza estamos
mal. Daremos que sentir.
En fin, hija, has predicado
en desierto. Nunca ví

mayor soledad. Adios.
Vamos. (Salen por la izquierda.)
PASC. (¡Se empeñó en salir!)

ESCENA X.

PASCUALA.

Tardarán mucho en volver.
Francisco se queda en casa.
Yo voy á ver lo que pasa.
Ó soy ó no soy mujer.
Iremos por este lado.
Por aquí será mejor.
(Entra Serafin muy despacio fijándose en todos los balcones.)
Calla! Qué hará este señor
mirando siempre al tejado?
(Sale por la derecha.)

ESCENA XI.

SERAFIN, por la izquierda.

Cómo estoy! Pobre de mí!
¡Qué chasco el chasco de ahora!
Como una locomotora
tras una mujer me fuí.
Era su aire, sí. ¡Dios mio!
Llevaba un paso! Corrió
y yo más y me llevó
hasta muy cerca del rio.
Ya el corazon se me alegra,
la alcanzo tras correr tanto,
por fin la miro y... Dios santo!
Qué animal!... Era una negra!
Cómo sudo! Qué mareo!
La cabeza se me abrasa.
Las cuatro. Me voy á casa
despacio dando un rodeo.
La perdí! Cómo ha de ser.

Calla! Aquella que allí va!
Hoy no sigo á nadie ya,
ya no me puedo tener.
(Sale por la derecha.)

ESCENA XII.

PASCUALA, despues HOMBRES, MUJERES y NIÑOS; luégo ALEJANDRA, CONSUELO.

PASC. (Entrando muy de prisa.)
No sirvo para heroina.
¡Qué grupo allí se ha formado!
Cuántos hombres! No he pasado
de terror de aquella esquina.
(Mirando hácia la derecha.)
Calla! Uno perora allí.
Si sacan armas! Qué miro!
Ay! Dios! Carreras!
(Se oye una detonacion de arma de fuego.)
Un tiro!
¡Qué tropel viene hácia aquí!
(Entran por la derecha en tropel hombres, mujeres y niños corriendo, cayéndose y agarrándose unos á otros en grupos cómicos.)
UNO. Ya se armó! (Corriendo.)
UNA. (Corriendo.) Revolucion!
UNO. Que ya vienen!
UNA. Que ahí están!
UN PAPÁ. (Corriendo tras sus hijos.)
¡Pepito, Francisco, Juan!
UNA MAMÁ. (Buscando á sus hijas.)
¡Juanita, Luisa, Asuncion!
(Salen por la izquierda atropellándose.)
PASC. Buena se ha armado. Y mis dos
señoras fuera de casa.
Por terca. Ya nadie pasa.
Ya vuelven. Gracias á Dios!
(Entran por la izquierda Alejandra y Consuelo corriendo cuanto pueden.)
Corra usted, por caridad!
CONS. Ay! yo no corro, yo vuelo!

ALEJ. No corras, por Dios, Consuelo.
Conserva tu dignidad.
Imita el esfuerzo mio.
Entrad delante.

PASC. (Entrando en la casa.) Pues no.

ALEJ. La última quiero ser yo,
yo el peligro desafío.
Que tranquila se me vea
entre tanta barahunda.
No, no corrieron en Munda
ni en Actium, ni en Mantinea!
(Suena un tiro, corre, entra en la casa y cierra.)

ESCENA XIII.

SERAFIN.

Entra en escena por la derecha corriendo, azorado, descompuesto, con el sombrero medio caido.

Dios mio! La que se ha armado!
Pues no se van á batir!
Qué susto! Imposible es ir
á casa por este lado.
Está la calle cortada.
Qué gentes! Serán cerriles?
trabajan como arbañiles
haciendo una barricada.
Se empeñaban en que yo
les ayudase. Cabales!
Arrancando pedernales
todo un hombre *comm'il faut*!
Ay! pobre casita mia!
Si la veo desde aquí.
Podré llegar?... Vamos, sí.
Probemos.
(Intenta salir por la derecha: suena un tiro: retrocede temblando.)
Jesús María!
No hay remedio! Me han partido!
Favor! Me han asesinado! (Registrándose.)
Por dónde se me habrá entrado?

Por dónde se habrá salido?
Qué bala más acertada!
Ay! aquí se me incrustó!
Digo, no, que es el reló.
Por aquí no tengo nada.
Calma, calma, nada encuentro,
pero debo estar muy grave.
Aquí!... aquí!... no, que es la llave.
Esto es que la tengo dentro.
Ah! sí, la debo tener
en el estómago. Oh!
qué dolores! Pero no,
que esto es gana de comer.
Creo que no me han tocado.
El susto ya se me pasa.
Yo necesito ir á casa.
Por aquí... Por este lado.
(Intenta salir por la izquierda: suena un tiro: retrocede despavorido.)
Jesús! Ahora sí. Yo muero!
Lo merece mi torpeza.
Me han pegado en la cabeza.
(Se quita el sombrero.)
No, que ha sido en el sombrero.
Que me resigne es forzoso,
el camino está cerrado.
Me está muy bien empleado
por andar haciendo el oso.
Ahora me ha dado un calambre;
ahora da vueltas la tierra.
Y mi desgraciada perra
que se va á morir de hambre!
No hallo medio: no hay camino.
Aquí me quedo... cachaza.
Encerrado en una plaza.
¡Vaya un lance peregrino!
(Llama á una puerta.)
Llamaremos aquí... Nones!
(Llama á otra puerta.)
Llamaremos aquí... Nada!
Toda puerta está cerrada
y cerrados los balcones.

No hay caridad en el dia!
No me abren!... Ya qué hacer puedo!
¡Á las balas tienen miedo!
Qué gente! Qué cobardía!
Ño me quieren amparar!
Parece ciudad desierta.
(Pegándose á una puerta.)
En el quicio de esta puerta
la vida voy á pasar.
Se me hace un siglo un minuto.
(Se fija de repente en la parte de la derecha. Se refugia en el lado de la izquierda.)
Mas ¡qué veo! Desde allí
uno me apunta! Ay de mí!
(Dirigiéndose á uno que el público no ve, y accionando mucho y encogiéndose cuanto puede.)
Hombre! No sea usted bruto!
Me apunta con un cuidado...
Me pegará á la pared!
(Gritando.) Paisano! No tire usted!
Que yo soy un hombre honrado!
Su causa de usté es la mia.
Soy un hombre honrado yo;
padre de familia, no!
más lo seré cualquier dia!
(Reanimándose.) Ah! ya cesan mis desgracias.
Ya ha retirado el fusil.
(Quitándose el sombrero.)
Caballero, gracias mil,
caballero, muchas gracias!
Yo no estoy aquí. Yo corro.
Tropa! Desdicha completa!
Vienen á la bayoneta!
(Llama de nuevo á las casas.)
¡Favor, vecinos, socorro!
Me finjo muerto y al suelo...
(Gritando con terror.)
¡Vecinos, por compasion!
(Se abre el balcon de Doña Alejandra.)
Ah! se ha abierto aquel balcon!
Una mano!... y un pañuelo!...
(Consuelo hace señas desde el balcon.)

Señas me hacen desde allí...
Dicen que abrirán la puerta!
La ventana está entreabierta.
Mas ¡qué veo!... Es ella!... Sí!
(Loco de alegría.)
Ella! No puedo dudar!
Vuelve, esperanza querida.
¡Ella que mató mi vida
hoy me la quiere salvar!
Ya no tiemblo!... Ya me rio!...
(Se abre la puerta.)
Ya han abierto!... Ya me espera!...
Voy allá de una carrera.
La tropa! Gracias, Dios mio!
(Serafin gana á saltos la puerta de la casa: entra y cierra: una seccion de infantería con un oficial penetra á la carrera en la plaza: cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa habitacion bien amueblada; puertas laterales y en el fondo; balcon á la izquierda en primer término; en el centro mesa dispuesta para comer.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO, SERAFIN.

Consuelo aparece próxima al balcon mirando á la calle entre las cortinas.

CONS. Ya entró. Se salvó por mí.
Crueldad rechazarle fuera.
(Corriendo á la puerta.)
Ya ha subido la escalera.
(Vuelve al proscenio.)
Gracias á Dios! Ya está aquí.
(Serafin aparece en el fondo.)
Pase usted. Libre es ahora
la entrada, no la salida.

SERAFIN. (Con mucha efusion.)
Me ha salvado usted la vida!
¡Gracias, mil gracias, señora!
Usté es ángel del Edem
á cuyas plantas estoy.
Mi vida es suya desde hoy.

CONS. Guárdela para hacer bien.
SERAFIN. (Mirándola.)
(¡Contemplándola estoy lelo.
No me canso de mirar.
Vista de lejos... la mar!
Mirada de cerca... el cielo!)
CONS. Deje ese sombrero.
SERAFIN. (Sin dejarlo.) Voy.
CONS. Tome asiento, muévase,
en fin, acomódese
á su gusto.
SERAFIN. (Sin moverse.) Bien estoy.
CONS. Mientras el combate impío
no cese, no ha de salir,
y aquí tiene que vivir.
SERAFIN. (Con entusiasmo.)
(Vivir con ella, Dios mio!)
CONS. ¿Qué hacer?
SERAFIN. (Bendigo á mi estrella!)
CONS. Lo poco que hay comeremos.
SERAFIN. (Comer con ella!)
CONS. Hablaremos
noche y dia.
SERAFIN. (Hablar con ella!)
CONS. La casa recorrerá,
que aquí no hay otro paseo.
SERAFIN. (Pasear con ella!)
CONS. Yo creo
que habla usted solo.
SERAFIN. Quizá.
Mas no la cause extrañeza.
Sólo hablo... Como ha de ser.
Desde que ví á una mujer
estoy mal de la cabeza,
y lo que hoy me sucedió...
CONS. Me explico lo que le pasa.
Tal vez pensando en su casa
está usted inquieto.
SERAFIN. Ah! no.
CONS. Le esperará cuidadosa
su madre.
SERAFIN. No tengo madre.

CONS. Su padre.
SERAFIN. No tengo padre.
CONS. Su esposa.
SERAFIN. No tengo esposa.
CONS. Su hermana.
SERAFIN. Dios la llevó.
CONS. Sus partentes ó allegados
ó criados.
SERAFIN. Sin criados
ni parientes vivo yo.
CONS. Tan solo se halla en la tierra!
SERAFIN. Yo de todos me desvío.
CONS. ¿Vive usted solo, Dios mio!
SERAFIN. (Con naturalidad.)
Solo, no, con una perra.
En una noche de enero
á mi puerta se paró
y hospitalidad pidió
con ladrido lastimero.
Abrí, subió la escalera,
entróse saltando ya,
y desde entónces acá
es mi eterna compañera.
Si alegre me ve algun dia,
que de estos dias hay pocos,
con brincos y saltos locos
me demuestra su alegría.
Si en alguna negra hora
me mira al dolor rendido,
lanza ahullido tras ahullido
y casi pienso que llora.
Si víctima de tiranos
males la fiebre me inflama,
se echa á los piés de mi cama
ó viene á lamer mis manos.
Tales mis desdichas son
que del uno al otro polo,
en un animal tan sólo
eco halló mi corazon.
Es inquieta, alegre, mona
y de virtud ejemplar,
no la falta más que hablar

para ser una persona.
Que alma tiene bien lo fundo;
que ella me quiere es patente,
y es el único pariente
que me queda en este mundo.

CONS. Por Dios! Quiere usted callar?
No más, no le quiero oir.
¿Cómo es posible vivir
sin el calor del hogar?
Aislarse así, para qué?
Tal soledad, qué dolor!
Escúcheme usted, señor,
cual le he escuchado á usted!
¿Deber y amor no concilia
la familia por ventura?
¿No es simpática figura
la del padre de familia?
Mujer que guarda su fe
y que en puro amor se abrasa,
¿no hace un templo de su casa?
Oh! no me lo niegue usted!
¿Hay dichas más merecidas
que ver de un niño el tesoro,
pequeño eslabon de oro
que enlaza vidas con vidas?
Pero un argumento ruin
leo que en sus ojos brilla!
¿Y si la mujer mancilla
sus alas de serafin?
dice usted: causa de todo
sois corazones sin fe!
Alas manchadas! ¿Por qué
nos arrastrais por el lodo?
De vuestros vicios en pos
no nos pretendais llevar.
Dejadnos puras volar,
¡os subiremos á Dios!
¿Qué fuera de estos impíos
sin nuestra celeste ayuda?
¡Cómo! Usted niega! Es sin duda
de esos escépticos frios!
¿Usted odia á la mujer?

SERAFIN. No señora. Por favor...
CONS. ¿Usted huye del amor?
SERAFIN. ¡No señora, es mi placer!
CONS. ¿Usted la juzga traidora?
SERAFIN. No señora. ¿Quién ha hablado?
CONS. ¿Usted es un hombre honrado?
SERAFIN. No señora... Si señora!
(Alejándose y mirándola fijamente.)
(De belleza asombro es.
Mas tiene entre muchos dones
de esas imaginaciones
que llevan á Leganés.
Pero ¡qué voz, qué voz tiene!
Yo á la primera visita
me declaro.) Señorita...
Oiga usted.
CONS. Mi madre viene.

ESCENA II.

DICHOS, ALEJANDRA, por la derecha.

SERAFIN. Mil gracias, señora.
ALEJ. Ah! no.
SERAFIN. Sin ustedes, ¿qué sería
de mí? Su hija...
ALEJ. (Con entonacion.) La hija mia
como quien es se portó.
Desde su edad más temprana
á practicar la enseñé
la hospitalidad que fué
ley siempre en tierra romana.
Mande usted: su casa es esta.
Si tanto calor le ahoga
puede quitarse la toga,
que no sé si es la pretexta.
Si le cansa estar en pié,
sin pasar por desatento,
tome en el triclinio asiento
que cuanto hay aquí es de usté.
Y por si la sed le abrasa,
que dias ardientes son,

pongo á su disposicion
las ánforas de mi casa.

SERAFIN. Ánforas! (Tú mal estás!)

CONS. ¿Por qué tan callado ahora?

ALEJ. ¿Tiene usted algo?

SERAFIN. Señora,
yo tengo hambre y nada mas.

ALEJ. Comeremos.

SERAFIN. (Bien lo haré.)

ALEJ. Ésta de todo se olvida.
¡Pascuala! (Llamando.)
(Aparece Pascuala en el fondo.)
Trae la comida.

PASC. Voy al momento.

ALEJ. Vé, vé. (Sale Pascuala.)

CONS. ¡Qué dia tan horroroso!

ALEJ. Con valor están luchando.
Gracias á Dios le estoy dando
porque no está aquí mi esposo.
Si él estuviera... ya, ya!
¿Quién le contenía aquí?

CONS. No está él ni Gustavo.

ALEJ. Ay! sí.

SERAFIN. (Ni Gustavo... ¿Quién será?)

ALEJ. Mi esposo ha sido una fiera,
treinta veces se batió,
y en mí por fortuna halló
una digna compañera.
Allá por los años mil
y tantos, yo, yo, hija mia,
—vé á morir!—le grité un dia
entregándole el fusil.
El tiempo veloz corrió,
y en el año treinta y siete
—la gente se bate, vete,
vé á morir!—le grité yo.
No bien se batia el cobre
—ve á morir—yo le grité.

SERAFIN. ¡Qué ganas tenía usté
de que se muriera el pobre!

ALEJ. Cumplí un deber: no me pesa;
y cuando á casa volvía

victorioso, le decía...

PASC. (Entrando con la sopera.)
Ya está la sopa en la mesa.

ESCENA III.

DICHOS, PASCUALA.

ALEJ. Vaya, vamos á comer.
CONS. Pero deje ese sombrero.
(Serafin deja el sombrero.)
Siéntese aquí, caballero.
SERAFIN. (Á su lado! Qué placer!)
(Se sientan á la mesa.)
ALEJ. Pocas horas ví tranquilas.
Hombres habrá extraordinarios,
mas en mi esposo hay tres Mários
y dos docenas de Silas.
CONS. Mamá, tú con luchas sueñas,
es ese tu tema eterno.
ALEJ. (Á Serafin.) ¿Quiere vino de Falerno?
SERAFIN. Me basta el de Valdepeñas.
ALEJ. Hija, tu ser débil eres.
CONS. No comprendo esos furores.
De los hombres los rencores,
los pagamos las mujeres.
Somos demasiado buenas
y con pasion los amamos.
Al darles vida les damos
la sangre de nuestras venas,
y ellos juran que nos aman,
y luchando, por que sí,
como cosa baladí
en la calle la derraman.
SERAFIN. (Con entusiasmo y sin comer.)
¡Muy bien!
ALEJ. Por Dios, sírvase...
SERAFIN. (¡Qué talento tan atroz,
y qué mirada y qué voz!)
Pienso lo mismo que usté.
Hay cosas que no comprendo.
Cuando esas calles corría

escuché gran vocería,
y me detuve atendiendo.
Cerca, en una barricada,
subido un hombre ya anciano,
larga barba, pelo cano,
habló con voz agitada.
Hombres y niños á miles
le contemplaban curiosos,
y le aclamaban furiosos
levantando los fusiles.
—«Á luchar! gritó violento.
El momento llegó ya.
Vamos, aquí vencerá
ó morirá Juan Sarmiento.»
(Se levantan Consuelo y Alejandra de repente dando un grito. Pascuala tira un plato.)

CONS. Ah! mi padre!
PASC. Mi señor!
ALEJ. Mi esposo! Jesús María!
Me engañó. Quién lo creería?
¡Á sus años tal furor!
(Serafin se levanta aturdido.)

CONS. No ví mayor ceguedad!
ALEJ. Esto es ir al matadero.
PASC. El señor!
CONS. (Á Serafin, muy agitada.)
Ah! caballero!
Escúcheme por piedad.
Por caridad, sálvele,
si es que es su alma agradecida.
¿No me debe usted la vida?
Hombre! no lo niegue usté!
La vida le salvé yo
y hace poco aquí decía
que era ya su vida mia.
¡Hombre, no diga que no!
Acciones son generosas
las que el bien llevan en sí.
Oh! no sea usted así,
no dude usted de estas cosas!
No se niegue, el tiempo pasa,
salga de aquí, búsquele,

háblele y escóndale
donde usted pueda, en su casa.
Dígale que es lucha loca,
que con imposibles sueña.
Pero hombre, ¿es usted de peña?
Pero hombre, ¿es usted de roca?

SERAFIN. Señorita, si no hay modo
ni forma de que yo hable.
Si es usted tan inflamable!
Si yo estoy dispuesto á todo.

CONS. ¡Hombres escépticos, ved,
ved lo que mirando estoy!

PASC. Pues es claro, si yo doy
veinte vidas por usted!

CONS. Vaya usted, háblele aparte,
diga que su hija se muere!

ALEJ. Y si marcharse no quiere,
péguele usted de mi parte.

SERAFIN. Veremos cómo lo toma.

ALEJ. Dígale usted á mi Juan
que los bárbaros no están
aún á las puertas de Roma.

SERAFIN. Voy, voy. Que no vaya en vano,
pídale usted al señor...
(Oh! por obtener su amor.
Sí, por alcanzar su mano!)

CONS. Corra usted.

SERAFIN. Voy al instante.

CONS. Á ver si oye nuestra queja.

ALEJ. Adios, y que le proteja
á usted Júpiter tonante!
(Sale corriendo por el fondo: detrás Pascuala llevándose la sopa.)

ESCENA IV.

ALEJANDRA, CONSUELO.

CONS. Dios mio! Se salvará?

ALEJ. No te asustes. Tiemblo yo?
Dice que cerca le vió,
conque pronto volverá.

CONS. No sé: mil dudas abrigo
y con aprensiones lucho.
¡Qué amor á la guerra!

ALEJ. Mucho.
Por eso se unió conmigo.

CONS. Á sus años ¡quién creyera!

ALEJ. No es en él, no, novedad.
Ya á los trece años de edad
se batió como una fiera.

CONS. No me lo cuentes, por Dios!
Ya lo sé. (Impaciente.)

ALEJ. En edad temprana.
En una hermosa mañana,
en el año veintidos.

CONS. Déjame: ¿quieres callar?
No son estas horas buenas
para hablar.

ALEJ. Si yo mis penas
entretengo con hablar.
Era una mañana...

CONS. Ay! Dios!
Que he de oir... Es fuerte cosa!

ALEJ. Era una mañana hermosa,
y era el año veintidos.
Hermoso y abrasador
el sol, un sol de justicia,
alumbraba á la milicia
sita en la plaza Mayor.
En agitado tropel
todos los arcos cerraban,
ellos á quienes llamaban
soldaditos de papel.
Soldados bien desiguales,
á la verdad soldaditos,
horteras y señoritos,
tenderos y menestrales.
Uno enteco, otro robusto,
sin caberle por deforme
ni el cuerpo en el uniforme
ni dentro del cuerpo el susto.
Esperando el grupo estaba
calada la bayoneta.

Tu padre que era trompeta,
allí, Consuelo, se hallaba.
Pasó el tiempo: de repente
oyóse vago rumor
hácia la calle Mayor,
y se amontonó la gente.
Crecieron tales rumores.
Era la Guardia Real
que adelantaba marcial
al doblar de sus tambores.
Riendo con desden profundo.
moviéndose con salero,
comiéndose al mundo entero
con la frescura del mundo.
¡Qué orgullo, qué fatuidad,
qué trajes, qué relumbrones!
Ay! chica, unos mocetones
que era una barbaridad!
Se acercaron no sé cómo:
trabóse lucha cruel:
los soldados de papel
lanzaban cosas de plomo.
Muchos vivas, muchos mueras,
mucho grito, mucho terno:
el callejon del Infierno
era un infierno de veras.
Atacaron de mil modos.
Resistieron con bravura.
La calle de la Amargura
amarga fué para todos.
De pólvora gran consumo:
la bayoneta ayudó:
con el humo no se vió,
pero al disolverse el humo
¡qué estupor en todos! Ah!
ni un Guardia Real! Qué consuelo!
El que no estaba en el suelo
estaba en su casa ya.
Como eran tranquilas gentes
de su triunfo se asombraron,
pero despues se abrazaron
llorando aquellos valientes.

Y la razon se adivina
al verlos de gozo llenos;
es claro: eran ya á lo ménos
soldados de cartulina.
Dia de lucha, de dolor,
pero dia al fin de gloria,
dia que pasó á la historia
como ejemplo de valor.
Oh! dame tú, Marco Tulio,
tu voz, que es pobre la mia,
para cantar aquel dia,
el dia siete de Julio!!
Dieron con gran corazon
cargas á la bayoneta,
y él tocaba la trompeta!

CONS. Pues hoy toca ya el violon.
(Se acerca al balcon.)
No vuelve! Es este mi puesto.

ALEJ. (Separándola.)
Quítate de ahí! Mira que uno
te está apuntando. Habrá tuno!
Si salgo le tiro un tiesto.

CONS. Ay! ya dudo.

ALEJ. No, hija mia.

CONS. No conseguirá salvarle.

ALEJ. La bala que ha de matarle
no se fundió todavía.

CONS. (Escuchando.) Llaman á la puerta, sí!
¿Si será, si no será?

ALEJ. Pronto lo sabremos ya.
Oigo pasos.

CONS. Ya está aquí!

ESCENA V.

DICHAS, SERAFIN.

Entra Serafin corriendo con la cabeza vendada.

ALEJ. Él es!

SERAFIN. Si señora, el mismo.

ALEJ. Pobre! vendrá fatigado.
CONS. Ay! mamá, si está vendado!
SERAFIN. Si es que me han roto el bautismo.
ALEJ. ¡Viene lleno de averías,
macilento y taciturno;
ya no se pone el coturno
lo ménos en ocho dias!
CONS. Pero hable usted, diga.
SERAFIN. (Sin poder hablar.) Si.
Voy... voy... Mi fatiga es mucha.
Como por aquí no hay lucha
salí tranquilo de aquí.
Cerca oí la tremolina;
allá me llevó el deseo;
y de repente le veo
terrible tras una esquina.
Daba gritos incivil
y agitaba con pujanza
una espada y una lanza
y un trabuco y un fusil.
Llego, expongo mi mision,
se enfurece, y por respuesta
un culatazo me asesta
que me levanta un chichon
y casi me salta un ojo;
bramo ciego de coraje,
y dando un salto salvaje
entre mis brazos le cojo,
y le quito en un segundo,
aunque ternos lanza á miles,
cuantos sables y fusiles
usted le dió en este mundo.
Y como aun regañar osa
y no entiende de razones,
le pego tres pescozones
en el nombre de su esposa.
Grita, grito más, se aterra,
cae cerca una bala rasa,
corremos, le llevo á casa
y le encierro con mi perra.
CONS. Ah! gracias. Cuánto interés!
Obró generosamente!

ALEJ. Muy bien, jóven; más valiente
que Mucio Scévola es,
y como Caton es justo.
CONS. Pero viene herido?
SERAFIN. No.
Un golpe. (Se conmovió.
Yo creo que ya la gusto!)
ALEJ. Pero está pálido?
SERAFIN. Ay! sí.
Si es que estoy desfallecido,
señora, que no he comido!
ALEJ. Pascuala! (Llamando.)
(Entra Pascuala con la sopera.)
PASC. Ya estoy aquí.

ESCENA VI.

DICHOS, PASCUALA.

ALEJ. Á la mesa. (Se sienta.)
SERAFIN. Corro, vuelo!
CONS. Á mi lado. (Se sienta.)
SERAFIN. (Se sienta.) (Qué bonita!)
Muchas gracias, señorita.
CONS. No, llámeme usted Consuelo.
SERAFIN. (Avanzo. Tendrá buen fin
mi empresa. Yo venceré!)
CONS. Caballero, sírvase.
SERAFIN. Llámeme usted Serafin.
Buena sopa. (Haciéndolas plato.)
ALEJ. No está mal.
CONS. Y el motin?
SERAFIN. Está vencido.
Infeliz! Me ha conmovido.
ALEJ. Quién?
CONS. Quién?
SERAFIN. Un pobre oficial.
Qué lance al venir ahora!
Qué de balas! Qué furor
al silbar! Silba mayor,
ni en el teatro, señora.
Corría yo como un loco,
ví venir tropa de á pie,

y en una casa me entré
para descansar un poco.
Tras la puerta, en el portal,
con el traje destrozado,
lloroso, desesperado,
encontré un pobre oficial.
Me dijo que allí escondido
sin saber donde ir se hallaba;
dijo que perdido estaba,
que era insurrecto y vencido.
Era un moceton tremendo.
Para luchar en Madrid
vino de Valladolid.

ALEJ. (Inquieta.)
¿Qué es lo que está usted diciendo?

SERAFIN. De la quinta compañía
capitan, del batallon
que allí está de guarnicion.
(Se levantan las dos dando un grito, Pascuala deja caer otro plato.)

CONS. Gustavo!

ALEJ. Jesús María!

PASC. El señorito es de fijo!

SERAFIN. (¡Á que no comemos ya!)
¿Y quién es Gustavo?

CONS. Ah!
¿Quién es? Mi hermano!

ALEJ. Mi hijo!

SERAFIN. Y tambien en la jornada,
tambien luchando!

ALEJ. (Con orgullo.) Sí á fe!

SERAFIN. ¡Qué familia tiene usté,
hija, tan alborotada!

ALEJ. Le matarán los bellacos,
si es que nadie le socorre!
Bien, hijo! En sus venas corre
la sangre de los dos Gracos!

CONS. Gustavo! (Sollozando.)

ALEJ. Envuelto caerás
en tu túnica latina;
mas caerás cual Catilina
sin dar un paso hácia atrás!

SERAFIN. (Yo bien sé qué hacer ahora.
Yo le busco y á mi casa!)
Señorita, ¿qué la pasa? (Acercándose)
por qué calla, por qué llora?
¿No estoy yo aquí?

CONS. (Con calor.) No! Jamás!
Su pensamiento adivino.
Jamás! Es un desatino.
Yo no puedo pedir mas.
Deseche ese pensamiento
y que yo acceda no espere.
No me diga usted qué quiere,
porque yo no lo consiento.
Bien... sí... fuera un rasgo honroso;
mas ¡ay! que es temeridad!
Sí, lo que dice es verdad,
que es el sacrificio hermoso,
que haciendo bien, bien se gana;
pero es criminal intento
echar á cada momento
la vida por la ventana.
Nos oponemos las dos;
vamos, que no he de dejarle.

SERAFIN. Nada, yo voy á salvarle!

CONS. Ah! que se lo pague Dios!

ALEJ. Se va otra vez!

CONS. Claro está.
Si se empeña...

SERAFIN. Bien, iré,
y mi mision cumpliré.
Á su padre salvé ya,
y ahora salvaré á su hermano,
y si es preciso á su abuela
y á toda su parentela
y á todo el género humano!

ALEJ. (Á Pascuala.)
Corre, á abrir la puerta vas!

CONS. Sí, no hay tiempo que perder.

SERAFIN. ¡Y me marcho sin comer!

ALEJ. (Con entusiasmo.)
¡Ni Régulo hiciera más!
(Salen Serafin y Pascuala.)

ESCENA VII.

CONSUELO, ALEJANDRA.

CONS. (Al balcon.) Allá va. Va disparado.
Se expone otra vez.
ALEJ. Friolera!
Infeliz! Más le valiera
que no le hubieses salvado.
CONS. Tardará?
ALEJ. Qué ha de tardar.
Pronto, despacha, muchacha,
que si pronto no despacha
á él le pueden despachar.
CONS. De esperar instante cruel.
¡Gustavo, tambien Gustavo!
ALEJ. De comprenderlo no acabo.
Nunca lo creyera en él.
Prestar personal subsidio
á esta lucha del infierno,
él, como Catulo, tierno
y meloso como Ovidio.
Me extraña en él: hé aquí el fruto
que Juan con su ejemplo da,
y es que siempre tu papá
se ha portado como un Bruto.
Hoy mismo, ya viejo y chocho,
se lanza á lucha cruel.
¿Tú sabes lo que hizo él
el año cuarenta y ocho?
CONS. Mamá, por Dios, yo te ruego...
ALEJ. Hermosa la tarde estaba
y la gente paseaba
sin temor y con sosiego.
De pronto, ¡qué novedad!
se escuchan vivas y mueras
y las gentes con carreras
estremecen la ciudad.
Lo oyó mi esposo y saltó
tan listo como una avispa,
y al darle un fusil de chispa,

—vé á morir—le dije yo.
Salió á la calle tremendo
con rostro de Belcebú.

CONS. (*Apasionadamente.*) Y ahora te lamentas tú
de lo que está sucediendo!
¿Quién tal furia le inspiró?
¿Quién si no tú le ha incitado?
¿Quién si no tú le ha arrastrado?
¡Mamá, no digas que no!
De la mujer, que es aquí
ángel que al mortal redime,
¿es esa la mision, dime?
¡Mamá, no digas que sí!
El cielo nos manda acá
con una mision sagrada,
con laurel, no con espada.
¡No me interrumpas, mamá!
Encender tal frenesí
¿es propio de una mujer?
¿es ese nuestro deber?
¡Mamá, no digas que sí!
Cariño, dulzura, fe
por bandera se nos dió.
¡Mamá, no digas que no!
¡No prosigas, cállate!
(*Sale furiosa por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ALEJANDRA, luégo PASCUALA.

ALEJ. Que calle me manda ya!
¡Qué gesto, qué algarabía!
Yo creo que esta hija mia
le ha faltado á su mamá.
¡Que sermones me dirija
y el cerebro me taladre!
Claro, se subleva el padre,
sigue su ejemplo la hija.
¡Y Gustavo entre los fieros
tambien luchando por tres!
Esto no es familia, esto es

un gran club de petroleros.
Y no me dejó acabar
aquel lance cual ninguno
de su padre. Pues yo á alguno
se lo tengo que contar.
(Entra por el fondo Pascuala llorando.)
Por qué lloras?

PASC. (Llorando.) Dios clemente!
El que las echa de bravo.
Si se bate don Gustavo,
¿qué ha de hacer el asistente?

ALEJ. Es verdad. Se llora aquí
y ellos no ven tal dolor.

PASC. Por el señor ¡qué señor!

ALEJ. Siempre se ha portado así.
Siempre á los suyos siguió
aun en los trances más graves.
¿Lo que él hizo tú no sabes
el cuarenta y ocho?

PASC. No.

ALEJ. Le dí un fusil y un suspiro
y á la calle hecho un demonio
salió fiero como Antonio,
hablo de Antonio el triunviro.
Rugir escuché á la villa,
cerré el átrio principal
y quedé como vestal
junto al fuego de mi hornilla.
De una en otra calle curva,
alborotando la córte,
iba él con una cohorte,
quiero decir, una turba.
(Entra Consuelo por la derecha.)

CONS. Pascuala, ¿qué haces ahí?
Vé á la puerta por si viene.
(Sale Pascuala por el fondo.)

ALEJ. (Desgracia mi cuento tiene.)

CONS. ¡Cuánto tarda!

ALEJ. Tarda, sí.

ESCENA IX.

DICHAS, SERAFIN.

Entra Serafin muy despacio por el fondo con la cabeza vendada, un brazo vendado y cojeando mucho.

CONS. Ah! por fin!
ALEJ. Jesús! qué veo!
Viene el pobre hecho un ovillo.
CONS. Trae el brazo en cabestrillo!
ALEJ. Y cojo como Tirteo!
CONS. Una silla... Quién le hirió?
(Se sienta Serafin con trabajo.)
ALEJ. ¿Quiénes han sido los malos?
SERAFIN. Esto no es nada: dos palos
que un lancero me pegó.
ALEJ. Jesús! qué barbaridad!
CONS. Por mi culpa. No me absuelvo.
SERAFIN. Á otra vez que salga vuelvo
partido por la mitad.
ALEJ. Qué! Ni al venir de la guerra.
CONS. Pero él?...
SERAFIN. Pierda usted cuidado,
en casa queda encerrado
con su padre y con mi perra.
CONS. Madre: ¿cómo pagarás?...
SERAFIN. Que se salvarán espero.
Yo vine á escape: el portero
se encarga de lo demas.
Es de mi confianza entera.
Él va á preparar un coche
y á las ocho de la noche
en la ronda les espera.
Si salen y no los ven
los llevará de un tiron
á la próxima estacion
donde tomarán el tren.
Les dí cédulas y algunas
ropas, y mucho dinero,
y no hay en el mundo entero

quien haga más en ayunas.
CONS. ¡Qué accion tan digna de loa!
ALEJ. ¿Y el Rubicon pasarán?
SERAFIN. Sí, ya se contentarán
con pasar el Bidasoa.

ESCENA X.

DICHOS, PASCUALA por el fondo.

PASC. (Muy asustada.) Ay! señorita!
CONS. Qué pasa?
PASC. Ha subido un militar
y dice que quiere entrar
para registrar la casa.
CONS. Pues qué pase?
PASC. Á prender viene
al señorito Gustavo.
SERAFIN. ¿Vienen á prenderle? ¡Bravo!
Dí que nadie le detiene.
ALEJ. ¡Yo centuriones veré
asaltando mis hogares!
¡Protegednos, dioses Lares!
PASC. Digo que entre?
CONS. Espérate. (Se queda pensativa.)
Si aquí no le encuentra... irá
de casa en casa... Es posible
que dé con él. ¡Ah! qué horrible
situacion!
ALEJ. ¿Qué hacemos?
CONS. ¡Ah!
Qué idea! Si se realiza!
ALEJ. ¿Cómo?
CONS. Un rayo de esperanza.
SERAFIN. (Espantado.) (Una idea! En lontananza
veo la tercer paliza.
Señor! ¿Por qué hacerlas bellas?)
CONS. Es una idea ingeniosa,
luminosa.
SERAFIN. ¿Luminosa?
(¡Ya veré yo las estrellas!)
CONS. (Vacilante.) ¡Dios mio! Salvarle anhelo,

pero no me atrevo.

SERAFIN. ¡Y llora!

CONS. Ah! caballero! (Suplicante.)

SERAFIN. Ah! señora!

CONS. (Sollozando.) Ah! Serafin!

SERAFIN. Ah! Consuelo!
Hable usted. ¿Quién se lo veda?
Mande usted sin compasion,
pongo á su disposicion
lo poco que ya me queda.

CONS. ¿Cómo poco?

SERAFIN. Desde ahora
disponga usted á su antojo.

CONS. ¿De qué?

SERAFIN. De un brazo, de un ojo
y de una pierna, señora.

CONS. Peligros no ha de pasar.
Tengo un uniforme ahí,
usted se le pone.

SERAFIN. Sí.

CONS. Y ocupa usted su lugar.
Usted se parece á él,
tiene la cara tapada
y la noche ya llegada
nos favorece. Al cuartel
va usted preso. Él á buen paso
sale esta noche de aquí,
y mañana usted allí
cuenta la verdad del caso.

SERAFIN. Yo acepto.

CONS. ¿Y se compromete...

SERAFIN. Á todo.

ALEJ. ¡Qué gran servicio!

CONS. Pronto

SERAFIN. Sí.

CONS. ¡Qué sacrificio!

SERAFIN. Ya llevo lo ménos siete.
(Sale Serafin por la derecha.)

ESCENA XI.

CONSUELO, ALEJANDRA, un OFICIAL.

CONS. (Á Pascuala.) Dile que pase al instante.
(Sale Pascuala por el fondo.)
ALEJ. No me podré contener
al verle. Verás, mujer.
Ya estoy nerviosa!
(Aparece un Oficial en el fondo.)
CONS. Adelante.
OFICIAL. Vengo... (Entrando.)
ALEJ. Ya sé la embajada.
OFICIAL. Pues que no se haga esperar,
y que no intente escapar,
que está la casa cercada.
ALEJ. (Con mucha soberbia.)
Basta! Traidores, villanos!
En ira se abrasa el pecho!
¿Desde cuándo acá mi techo
asaltan los pretorianos?
¿Cómo este hombre hasta mí llega
y con su sandalia pisa
templo en que es sacerdotisa
una matrona manchega?
Mírame! No estoy turbada.
Su digna consorte soy,
y yo construida estoy
con piedra de barricada!
¡Asaltaste mis balcones
tan osado como necio!
¡Dí al cónsul que le desprecio
y á tí y á tus centuriones!
OFICIAL. Qué dice! Mayor tropel
de dislates nunca oí.
¿Quién es el cónsul? Si á mí
me manda mi coronel.
Yo sus órdenes venero.
ALEJ. Pues aunque le mande Pirro!
CONS. (Adelantándose.)
¿Y hace el papel del esbirro

quien se juzga caballero?
No me hable usted del desórden;
si, ya sé, ya se me alcanza,
lo prescribe la ordenanza
y eso está puesto en el órden.
Sí, la ordenanza le auxilia;
mas ¿no hay una ley moral
que dice que es obrar mal
perturbar á una familia?
Ya le entiendo, señor mio.
Usted replica. ¿Á qué viene
á luchar? Mas ¿quién no tiene
un momento de extravío?
¡Justicia sin compasion,
exclama, la ley! Sí tal;
mas ¿no hay una ley moral
que nos predica el perdon?
Pobre hijo! Mísero padre!
La madre llora afligida!
¿Alguna vez en su vida
usted no ha tenido madre!
Y si la tuvo ¿por qué
así nos insulta ahora?

OFICIAL. Si á mí me mandan, señora,
á mí qué me cuenta usté?

ALEJ. Eh! no grite usted furioso,
no somos sordos aquí.
Es claro, nos trata así
porque no está aquí mi esposo.
Él, un monstruo de valor,
terror de España y de Italia,
que si no luchó en Farsalia
luchó en la Plaza Mayor!

OFICIAL. Yo soy del deber esclavo
y á cumplirle vine aquí.
Que salga al momento.

CONS. Sí.
Voy á llamarle. Gustavo! (Llamando.)

ESCENA XII.

DICHOS, SERAFIN, entra vestido de capitan.

SERAFIN. (De terror temblando estoy!)
ALEJ. (Tiene el marcial ademan
de Pompeyo!)
OFICIAL. ¿El capitan
Gustavo Sanchez?
SERAFIN. Yo soy.
OFICIAL. Dése preso.
SERAFIN. (Soy perdido!)
OFICIAL. Vendado el brazo y la frente.
Bien se ve que es un valiente.
SERAFIN. (No lo había conocido.)
OFICIAL. Mi sentimiento es profundo,
pero esa espada...
SERAFIN. (Entregándola.) Sí, sí.
Ahí va. (Para lo que á mí
me ha de servir en el mundo.)
CONS. (Bajo y con mucho cariño.)
Gracias! Sea usted prudente.
SERAFIN. (Qué mujer! Es mi embeleso!)
ALEJ. (Bajo.) (Eh! No tiemble usted.
SERAFIN. Sí, eso
se dice muy fácilmente.)
OFICIAL. Vamos, que esperar no sé.
Despídase de las dos.
Délas el último adios,
capitan, y sígame.
SERAFIN. (Asustado.) (Ay! Dios mio de mi vida!
¡El último adios! Sí tal.
¡Con qué voz tan sepulcral
ha dicho que me despida!)
Consuelo! (Bajo muy apurado.)
CONS. Por qué se apura?
OFICIAL. Tiene usted cinco minutos.
SERAFIN. (Bajo y temblando.)
(¿Me pegarán estos brutos
cuatro tiros?
CONS. (Bajo.) Qué locura!

SERAFIN. Su calma el alma recobra.
CONS. Cuatro tiros? No por Dios!
SERAFIN. Y dos?
CONS. No sé...
SERAFIN. Pues con dos...
Con dos tengo yo de sobra.
CONS. Dios no lo querrá. Yo aquí
rogando á Dios quedaré.
SERAFIN. Si Dios no la escucha á usté
me van á partir á mi!
ALEJ. Hijo, ven!
SERAFIN. Madre querida!
ALEJ. Sí, tu madre que te adora!
SERAFIN. (Bajo.) ¿Me fusilarán, señora?
ALEJ. (Tranquilamente.)
Bueno: qué importa la vida?
La vida es polvo no mas.
¿Á usted le importa? Pues yo...
SERAFIN. Á usted no la importa, no,
la vida de los demas.
ALEJ. Fusilarle á usted, por qué?
Mas si llega el trance impío,
pues pasa por hijo mio
con valor sucumba usté.
Sonriendo, con faz serena,
sin lanzar un grito vano,
como el gladiador romano
al desplomarse en la arena.)
SERAFIN. (Sí, por ella, es tan hermosa!)
OFICIAL. (Impaciente.) Abrácelas. Vamos, pues.
SERAFIN. Que abrace?... (¡Esta si que es
una idea luminosa!
(Corriendo á Consuelo con los brazos abiertos.)
Tus brazos!
CONS. (Sorprendida.) Qué! Cómo!
SERAFIN. (Bajo.) (Es llano.
Soy tu hermano, y me despido.)
CONS. (Dejándose abrazar.)
Es cierto, hermano querido.
SERAFIN. (Completamente satisfecho.)
(Pues éste no fué de hermano.)
ALEJ. Adios, hijo.

CONS. Hasta despues.
SERAFIN. (Bajo.) (Á las siete estará el coche.)
CONS. (Bajo.) (Y en cuanto pase la noche
usted declara quien es,
ántes no, que la partida
de los dos hay que esperar.
SERAFIN. (Con firmeza.)
Juro hasta entónces callar (Abrazándolas.)
aunque me cueste la vida.)
(Sí, por conseguir su amor!)
CONS. (Mañana está libre.)
OFICIAL. Vamos,
capitan.
SERAFIN. Sí, sí, partamos.
OFICIAL. (Bajo á Serafin muy conmovido.)
(Ah! pobre jóven, valor!)
SERAFIN. Valor? (Espantado.)
OFICIAL. (Bajo.) (Para qué ocultarle?
¡Tal comision me embaraza!)
(Con acento lúgubre.)
¡En cuanto baje á la plaza
tengo órden de fusilarle!
(Movimiento cómico de espanto y de terror de Serafin que retrocede; el Oficial cogiéndole del brazo le saca á la fuerza. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion: continúa puesta la mesa de comer: es de noche, un quinqué ilumina la habitacion.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO.

Próxima al balcon.

Acaba de oscurecer
y no se distingue ya.
No hay un farol encendido.
Las siete acaban de dar.
Á las ocho estarán lejos
de Madrid. ¡Cuándo serán!
¡Qué intranquila estoy! ¡Qué noche
tan triste! ¡Qué oscuridad!
En la plaza se distinguen
sombras que vienen y van;
arroja de los fusiles
reflejos mil el metal,
y se escucha de las tropas
el acompasado andar.
No se oyen vivas ni mueras,
ni tiros. Concluyó ya

la jornada. Qué jornada! (Paseándose.)
Qué padre! Qué terquedad!
Se subleva, le derrotan
y se vuelve á sublevar;
y le vencen otra vez,
y en cuanto se vé tal cual
de los golpes, se subleva
y le vuelven á pegar.
(Volviendo al balcon.)
Qué cabeza! Y Serafin?
Infeliz! Dónde estará?

ESCENA II.

CONSUELO, ALEJANDRA, por la derecha.

ALEJ. Consuelo, deja el balcon
pronto. Pueden disparar
si ven luz. Qué estás mirando?
cierra!
CONS. (Cerrando.) Ya cierro, mamá.
ALEJ. Bien se ve que te interesa
la suerte de ese leal,
de ese valeroso jóven.
CONS. Oh! no me ha de interesar.
Habla... dime... ¿dónde has visto
nada más bueno, ni más
desprendido, ni más noble,
tanta generosidad?
¡Una vez y dos y tres
la vida tranquilo dar,
porque una mujer lo pide
con lágrimas en la faz!
¿En dónde lo has visto, en dónde?
¿Cómo?... ¿Cuándo?... Di!
ALEJ. No tal.
Si yo no he visto, hija mia,
nada semejante. Quiá!
CONS. (Con amargura.) En esta época de cieno,
en esta vil sociedad,
¿qué hacen ellos, madre mia?

¿qué hacen, sino difamar
en cafés con torpe lengua
á la que llaman mitad
más hermosa de este mundo,
y á la que quieren quitar
la honra, que es lo más hermoso
y lo que se estima más?
Oh, no me lo niegues, madre,
no lo niegues, que es verdad!

ALEJ. Hija, si no te lo niego.
Válgame Dios, y qué afan
tienes de que te interrumpan.

CONS. No lo dudes: difamar
es su aficion, es su oficio,
su gloria, su vanidad.
Unos porque consiguieron
y lo quieren pregonar,
que ellos cuanto más perdidos
entienden que valen mas.
Algunos por despechados.
Muchos por gana de hablar.
Todos por naturaleza.
¡Y no me he de entusiasmar
al ver tan hermoso ejemplo
de abnegacion sin igual,
de sublime sacrificio,
y de nobleza sin par?

ALEJ. Sí, para predicador
no tenías tú rival.
Cállate! Me carga mucho
oir hablar á los demas.

ESCENA III.

DICHAS, PASCUALA.

Entra Pascuala por el fondo con una carta.

PASC. Señorita, hace un momento
llamó á la puerta un soldado.
Esta carta me ha dejado

y se marchó como el viento.
CONS. Venga.
PASC. (Entregándola.) Allá va, señorita.
CONS. Un soldado... Qué será?... (Abre la carta.)
Es de Serafin!
ALEJ. Lee ya.
CONS. Está con lápiz escrita.
PASC. No he visto hombre más adusto.
ALEJ. Un legionario? Lo creo.
CONS. (Leyendo para sí.)
Dios mio! Qué es lo que leo!
ALEJ. Habla: sácame del susto.
CONS. (Lee en alta voz.)
«Renegando de mi suerte
»pero anhelando servirla,
»aunque ya la prueba es fuerte,
»la escribo para decirla
»que estoy condenado á muerte.
»El juré ser y he de serlo
»y ni reniego cual Arrio,
»ni me arrepiento de hacerlo,
»y me voy al otro barrio
»sin comerlo ni beberlo.
»Porque estas gentes ignaras,
»que no distinguen de caras,
»me darán sin conocerme
»cuatro tiros por meterme
»en camisa de once varas.
»Dígale usté á su papá
»que no se subleve ya
»contra viles ni serviles,
»y dígale á su mamá
»que no le dé más fusiles.
»Y pues hago un sacrificio
»con el que gano la palma,
»la ruego cual gran servicio
»cuide á la perra de mi alma
»ó la meta en el Hospicio.
»De este pobre desgraciado
»conserve alguna memoria.
»Adios: si el cielo he ganado
»las esperaré sentado

»á la puerta de la Gloria.»

ALEJ. Qué espanto!

CONS. Fuera cobarde
callar! Cómo consentir?...
Yo voy... (Dirigiéndose al fondo.)

ALEJ. Contigo he de ir.

PASC. Y yo. (Siguiéndolas.)
(Se oye una descarga.)

CONS. Ya es tarde!

ALEJ. Ya es tarde!

CONS. (Cayendo en una silla.)
Con razon lo dice él mismo.
Su alma habrá volado al cielo.
Oh! qué ejemplo, qué modelo
de valor y de heroismo!

ALEJ. Por sus hijos á millares
dan la vida, si por Dios!
¡Mas dar la vida por dos
señoras particulares!

PASC. Yo alegre marchar le ví.
Qué guapo de militar!
Quién había de pensar!
Muerto!

CONS. Muerto!

ALEJ. Muerto, sí!

ESCENA IV.

DICHAS, SERAFIN. Aparece tranquilamente en el fondo.

PASC. (Asustada.) Su sombra! Mírele ahí!
Señorita, sálvese.

CONS. Serafin! (Alegremente.)

ALEJ. Pero es usté?

SERAFIN. Señora, pienso que sí.

ALEJ. ¿Cómo escapó del apuro?

CONS. ¿La verdad han descubierto?

ALEJ. ¿Viene vivo ó viene muerto?

SERAFIN. De eso ya no estoy seguro.

ALEJ. Aquí aterradas estamos.
Cuente cómo se escapó.

CONS. Diga cómo se salvó.
PASC. ¿Y esos tiros que escuchamos?
SERAFIN. Ay! sufrí mil amarguras.
ALEJ. Pues dígalas en seguida.
SERAFIN. Yo voy á pasar la vida
contando mis aventuras.
Por la escalera al bajar
me dijo mi compañero:
yo lo siento, caballero,
mas le voy á fusilar.
Tan tremendo noticion,
como pueden suponer,
produjo en todo mi ser
la mayor satisfaccion.
Entre tropas y oficiales
me condujeron bien presto,
ante un tribunal compuesto
de dos ó tres animales.
Un jefe, á quien viendo estoy,
con grave y seco ademan
me preguntó: ¿el capitan
Gustavo Sanchez?—Yo soy.—
¿Vino usted esta mañana
á sublevarse?—Así fué.—
—Su sublevó usted, por qué?
—Pues porque me dió la gana.
Le pasmó tal insolencia
y se decidió mi suerte.
—Está condenado á muerte.
Que se cumpla la sentencia.—
Á mi cuerpo de temor
no llegaba la camisa.
Bajamos, y á toda prisa
llamaron á un confesor.
Mi rostro estaba cual cera,
y en la calle arrodillado
mi confesion trastornado
empecé de esta manera.
Padre: en el primero, no;
en el segundo, tampoco;
ni el tercero, que no invoco
en vano su nombre yo;

en el cuarto, cumplí bien;
no tengo en el quinto ni esto;
lo mismo digo del sexto
y del sétimo tambien;
en el octavo, jamás;
en el noveno, ninguna;
en el décimo, ni una
pretendí de los demas.
El capellan se quedaba
asombrado al escucharme,
y su bendicion al darme
maravillado exclamaba:
pues eres como no hay dos,
varon justo y acabado,
sube vestido y calzado
á la presencia de Dios!
Concluí... Uno me vendó
y otros dos me arrodillaron,
y otros cuatro me vendaron.

ALEJ. ¿Y le fusilaron? (Horrorizada.)

SERAFIN. No.
No, que llegó no sé quién,
que—quiero verle—exclamaba,
y apenas me vió, gritaba.
—No es él! Le conozco bien.—
Se enteraron los demas,
yo confesé, me soltaron
y ellos al aire tiraron
para que corriera más.
Y aquí estoy ya, descompuesto,
deshecho, fuera de mí,
y exclamando al verme así:
Ay! amor, cómo me has puesto!

CONS. ¿Y ellos, no le conocian?

SERAFIN. Si no es aquel ya acabé.

PASC. Y ¿quién era?

SERAFIN. No lo sé.
Otro preso que traían.

ALEJ. ¡Pobre! Su vital estambre
las parcas de romper tratan.

CONS. Ya las balas no le matan.

SERAFIN. Sí, pero me mata el hambre!

ALEJ. Pascuala, sin dilacion
trae la comida.

CONS. En seguida.

PASC. Qué, si toda la comida
se ha convertido en carbon.
Bajo y subo y entro y salgo.

ALEJ. Si no te riño, mujer.
Ven, entre las dos á ver
si se puede arreglar algo. (Salen por el fondo.)

ESCENA V.

CONSUELO, SERAFIN.

CONS. Que usted viva es milagroso.
Yo de alabarle no acabo.
No he visto nada más bravo,
más noble, más generoso,
de más santa abnegacion.
¿Quién hará cuanto hizo usté?

SERAFIN. ¿Pero usted sabe por qué?

CONS. Por bondad de corazon,
que es tan bueno cual modesto.

SERAFIN. Ay! se engaña usted, señora.

CONS. Yo... (Inquieta.)

SERAFIN. (Declaracion ahora
y boda y concluimos esto.)
(Con ternura.) Consuelo: usted para mí
no es una desconocida,
en la senda de la vida
amoroso la seguí.
Mirándola fuí detrás
con dos ojos, ya importuno;
hoy, que la veo con uno,
pienso que me gusta mas!
Al fuego de sus miradas
mi corazon dilaté,
y en los hoyos tropecé
de sus mejillas nevadas.
Óigame! Quiero ser yo
y lo seré, si me auxilia,
aquel padre de familia

que hace rato me pintó.
Bien dijo: cierta es su idea:
no hay figura más hermosa
que la mujer, si es esposa:
yo quiero que usted lo sea.
Verdad es: los chiquitines
son de la casa el placer:
yo en casa quiero tener
un coro de serafines.
Será mi ventura eterna
si presta á mi queja oido,
de rodillas no lo pido
porque me han roto una pierna!
Por Dios: sea agradecida.
Por piedad: présteme calma.
Consuelo: allá va mi alma!
Consuelo: venga su vida!

CONS. (Con tristeza) Serafin: su voz leal
pide en mí lealtad tambien,
usted me hizo mucho bien,
yo tengo que hacerle mal.
Una amiga cariñosa
tendrá en mí toda la vida,
una amiga agradecida,
Serafin, más no una esposa.

SERAFIN. (Consternado.) Qué escucho! Me rechazó!
CONS. No le rechazo de mí.
SERAFIN. Qué! Su cariño?...
CONS. Eso sí.
SERAFIN. Cómo! Su amor?...
CONS. Eso no.
SERAFIN. ¡No conseguí su querer!
Mas ¿qué razon, qué motivo?
¿Acaso soy repulsivo?
CONS. No, Serafin, qué ha de ser.
SERAFIN. ¿No soy simpático?
CONS. Sí.
SERAFIN. Soy honrado?
CONS. Ya lo creo.
SERAFIN. ¿Soy feo?
CONS. Qué ha de ser feo.
SERAFIN. Eso me parece á mí.

¿Dudas mi fe la inspiró?
CONS. De su fe segura estoy.
SERAFIN. Pues entónces si no es hoy...
luégo... mañana...
CONS. No, no.
SERAFIN. (Desesperado y alejándose.)
Qué escucho! Nada consigo.
Yo que tanto la adoré!
CONS. Serafin! (Siguiéndole.)
SERAFIN. Déjeme usté.
CONS. Óigame.
SERAFIN. No hable conmigo.
CONS. Contra mí tiene usté un saldo.
Mi gratitud...
SERAFIN. Quite allá!
CONS. Mi amistad...
SERAFIN. Guárdesela!
CONS. Mi aprecio...
SERAFIN. Déle usté un caldo!
CONS. (Con cariño.) Vamos, por qué con rigor
desecha mi simpatía?
(Tendiéndole la mano.)
Su mano, que ahí va la mia.
SERAFIN. (Rechazándola tristemente.)
No me basta, no señor.
Yo de todo apoderarme
quisiera para adorarla.
La mano para besarla,
los ojos para mirarme.
Para mi mano el cabello,
para mi brazo su brazo,
para mi frente el regazo,
para mis labios su cuello.
Todo lo quiero y lo quise,
aunque me ofenda y me dañe;
las uñas, aunque me arañe,
y el pie por más que me pise.
En fin, yo su cuerpo anhelo
y el alma que en él se encierra;
uno, pues vivo en la tierra,
la otra, pues voy hácia el cielo!
CONS. (Con dulzura.) No me arroje de su lado.

Oiga con calma un instante.
Mas vale amistad constante
que amor desencadenado.
El mayor amor perece
conforme avanza la vida.
El bien hecho no se olvida
y el sacrificio engrandece.
Amor que empieza concluye
y al corazon deja muerto.
Es cual tromba del desierto
que llega, que abrasa y huye.
Sí, tiene hermosos dulzores;
mas tiene agudas espinas.
Sí, tiene luces divinas,
sí, tiene bellos colores,
y del sol el resplandor
y su brillo celestial;
pero es cual sol tropical
ardiente y abrasador,
que causa fiebres extrañas,
que al hombre trueca en demente,
y que calcina la frente
y que abrasa las entrañas!
La amistad persiste, dura.
Tiene más castos dulzores
y más tranquilos colores,
y calma y luz y hermosura,
y cual sol poniente arde
con los crespones ligeros,
con los dulces y postreros
resplandores de la tarde!

SERAFIN. Si á usted la dejan hablar
no la ahorcarán: bien se ve.
Que el amor abrasa... ¿y qué?
Si yo me quiero abrasar.
La mariposa sus galas
no oculta en negro capuz,
y busca siempre la luz
aunque se queme las alas!

CONS. Mas para qué quiere ahora
mi amor, que es carga pesada?

SERAFIN. Para qué? Pues para nada.

¡Figúrese usted, señora!
CONS. No se enoje usted, jamás,
sí, jamás olvidaré...
SERAFIN. Si cuanto más me habla usté
me está usted gustando mas.
CONS. Atormentándole estoy
y en vano lucho y batallo.
Pues que lo quiere, me callo,
pues que se empeña, me voy.
Piense á solas en su afan.
Á soledad le sentencio.
La soledad y el silencio
llenos de ideas están.
Tal vez encuentre usted calma,
tal vez temple su rigor.
Usté es mi amigo mejor,
usté es mi amigo del alma.
Es digno de ser mi esposo
tanto cual de ser mi amigo;
mas ¡ah! Serafin, conmigo
no sería usté dichoso.
Adios: escuche mi ruego
y otórgueme su perdon.
Amigo del corazon,
amigo mio, hasta luego!
(Sale por la derecha.)

ESCENA VI.

SERAFIN.

¿Es decir, que estoy perdido,
que no será mi mujer,
que en balde rogué, pedí,
vine, fuí, subí, bajé,
y he sufrido y he llorado
y he padecido hambre y sed,
y me he dejado hacer treinta
agujeros en la piel,
y más palos he llevado
que caballo de alquiler?
¡No lo sufro, no señor!

¡Sí señor, me vengaré!
Yo era un ángel, pero ahora
herido por el desden,
voy á dejar tamañito
al señor de Lucifer.
Son las siete y media. Es fácil
que en casa esperando esten
para que les lleve al coche.
¡Vaya si los llevaré!
Bajo, los delato ahora
y los prenden. Qué placer!
Los fusilarán mañana
y se curan de una vez
de la aficion á asustar
á las personas de bien
alborotando las calles.
Nada: yo no doy cuartel.
Ingrata! Cuando por ella
me han fusilado! Esta vez
vas á saber quién soy yo.
Voy, no hay tiempo que perder.
(Se dirige al fondo.)

ESCENA VII.

SERAFIN, PASCUALA, por el fondo.

PASC. Señorito! (Deteniéndole.)
SERAFIN. Quita allá.
PASC. Señorito.
SERAFIN. Dejamé.
PASC. Oiga usted una pregunta,
tengo una duda cruel
y quiero que usted me explique...
SERAFIN. Una tú? Yo tengo cien!
PASC. ¿Quién le ha salvado la vida,
quién fué aquel hombre?
SERAFIN. No sé.
Estaba la noche oscura
y no le he podido ver.
Era un mozo que traían,
preso venía tambien.

Al verme empezó á gritar:
paso! yo le quiero ver
y darle el último adios!
dejad que me abraze á él.
Y lloraba el infeliz
lo mismo que una mujer.
Por fin se acerca, me mira,
y les grita: Qué placer!
Si este no es mi señorito.

PASC. Ay! su señorito! Es él!

SERAFIN. Quién es él?

PASC. El asistente.
Me le matan de esta vez!

SERAFIN. ¿Mas qué asistente?

PASC. Mi novio!

SERAFIN. Qué! Sublevado tambien?
Señor! El que en esta casa
amistad llega á tener
relacion ó parentesco,
aunque sea hombre sin hiel,
tiene que salir á darse
de coscorrones.

PASC. Qué hacer?
Ay! Dios mio de mi vida!
Señorito! Sálvele!

SERAFIN. Anda, y que le salve el diablo.

PASC. Usted que tan bueno es.

SERAFIN. Soy yo un bote salva-vidas?

PASC. Por Dios.

SERAFIN. Quita allá, mujer.

PASC. (Sollozando.) Pobre! Le fusilarán!

SERAFIN. (Paseándose.) Que le fusilen! ¿Y qué?

PASC. Y á mi señor, si le cogen!

SERAFIN. Que le fusilen!

PASC. Qué cruel!
Y el señorito Gustavo!

SERAFIN. Que le fusilen tambien!

PASC. Ay! San Antonio bendito!

SERAFIN. Que le fusilen! ¿Y qué?

PASC. Sálvele usted!

SERAFIN. ¡Yo salvarle?
Ya bueno no quiero ser.

Corre á decir á tus amas
que de las dos renegué,
que ahora me marcho, y que voy
á delatar á los tres.

PASC. Y los matarán!

SERAFIN. Mejor.
Á verlos morir iré.
Que hubiesen estado en casa
y no darían que hacer.

PASC. Dónde va usted?

SERAFIN. Soy un tigre!

PASC. No, por Dios!

SERAFIN. Hasta despues.

(Entra Alejandra con la sopa.)

ALEJ. Serafin, ya están las sopas.

SERAFIN. Pues comáselas usted.

(Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

ALEJANDRA, PASCUALA.

ALEJ. Qué le sucede?

PASC. Me ha dicho
que va á entregar á los tres.

ALEJ. Á los tres! Más por qué causa.

PASC. No sé que habló de desden,
de ingratitud, de perfidia.

ALEJ. Ya caigo. Por ella es.

PASC. Y qué haremos?

ALEJ. Calma, calma.
No grites. Dignidad ten.
No lo hará.

PASC. Si que lo hará.

ALEJ. El amor siempre. ¿Lo ves?

PASC. Usted todo lo compone
con hablar, y en tanto él...

ALEJ. Qué hemos de hacer?

PASC. Ay! Dios mio!
Pobre! Él que pensaba ser
general.

ALEJ. Sí? Pues se queda
muy al principio. No des
gritos, que te puede oir.
PASC. (Llorando á gritos.)
Pobre! tan bueno, tan fiel!

ESCENA IX.

DICHAS, CONSUELO, por la derecha.

CONS. (Con extrañeza.)
¿Qué aspecto tan singular?
¿Por qué estais tan agitadas?
Decid. ¿Cómo tan calladas?
¿No me quereis contestar?
¿Es que saber no podré?
Ved que mi paciencia es poca.
ALEJ. Pascuala, cierra esa boca.
PASC. Señora, cállese usted.
CONS. Decid, saber necesito
la verdad. ¿Qué sucedió?
ALEJ. Que se fué...
PASC. Que se marchó...
ALEJ. Serafin.
PASC. El señorito.
CONS. Es libre y puede marcharse;
que esté en casa no es forzoso.
ALEJ. Es que se marchó furioso.
PASC. Es que ha jurado vengarse.
ALEJ. Es que á delatarlos fué.
PASC. Es que es un hombre de roca.
ALEJ. Pascuala, cierra esa boca.
PASC. Señora, cállese usté.
CONS. Él! Qué escucho!
ALEJ. Hace un momento.
CONS. No lo hará, no es él tan doble.
En aquel pecho tan noble
no cabe un mal sentimiento.
Cien veces con santo ardor
expuso por mí su vida.
Quien bien quiere tarde olvida.
quien bien ama no es traidor.

Sí, seguid, podeis hablar,
que en mí dudas no engendrais.
Por mucho que me digais
no me vereis vacilar.
Pero qué digo! qué siento
dentro de mi corazon?
Ay! no, no tengo razon.
El amor siempre es violento.
El desden que á un hombre hiera
mata el amor más profundo,
y el despecho en este mundo
al hombre convierte en fiera.
Hoy te odio si amor te tuve.
Cual balanza, que es mi potro,
si uno sube, baja el otro,
si uno baja, el otro sube.
Á todos los va á entregar!
Salvarlos es mi deber.
Corre, búscale, mujer,
dí que le tengo que hablar,
dile que me debe oir
si quiere ser consecuente;
pero qué digo! detente,
no puedes, no puedes ir.
Aunque peligre mi padre
rogar es cobarde intento.
Yo rogar! Una Sarmiento,
como diría mi madre!
Pues que salió de esta casa,
aquí ya no ha de venir,
Pascuala: no has de salir;
de esa puerta no se pasa.
Mas ¿qué hacer? Suerte traidora!
¡Qué hemos de hacer, cielo santo!
Dí, madre, tú que hablas tanto,
¿por qué te callas ahora?
¿Yo debo á Pascuala enviar?
Mas no, que puede morir.
De aquí no debe salir;
mas si los van á matar!
Vé tú y háblale con calma.
Iré yo, que á mí me toca.

Ay! que yo me vuelvo loca,
madre mia de mi alma!!

ALEJ. (Con acento solemne y sereno.)
Calla ó las desdichas mias
con tu pena aumentarás.
¿Volverte loca? Lo estás
hace muchísimos dias!
Dios lo quiere! Cual tu padre
mueren los que así pelean.
Mas que llorar no te vean,
que eres hija de tu madre!
Mi corazon se desgarra;
pero no grito sin tino,
ni me subo al Aventino,
como quien dice, á la parra.
De su fin los pormenores
no escucharé de la gente.
Preguntaré solamente,
sin que vean los lictores
de llanto en mis ojos huella,
ni en estas manos temblor,
si se tiró con valor
desde la Roca Tarpeya.

ESCENA X.

DICHAS, SERAFIN, aparece en el fondo silencioso y sombrío.

CONS. Él aquí!
ALEJ. No te alborotes.
SERAFIN. Soy yo. Por qué no he de ser?
ALEJ. Vete! No te quiero ver,
Mesalina con bigotes!
SERAFIN. (Friamente.) Qué gran diferencia noto!
Vaya un lenguaje el de ahora.
(Consuelo le mira con mucha fijeza.)
No me mire usted, señora,
ya no traigo nada roto.
ALEJ. ¡Pero, hombre vil, dónde fué!
SERAFIN. ¿Dónde? Ya lo dije aquí
y mi palabra cumplí.

Ya de todos me vengué.

ALEJ. ¡Que se ha vengado, Dios mio!

CONS. ¡Cómo! Usted tan criminal!

ALEJ. (Levantando los ojos al cielo.)
Casca! dame tu puñal
para cascar á este tio!

SERAFIN. No tuve, no, compasion,
soy en estilo romano,
para hacer bien un Trajano,
para hacer mal un Neron.
Á la calle me lancé
furioso al salir de aquí
exclamando para mí:
¡juro que me vengaré!
De repente un grito ahogado
escucho, y en la plazuela,
no lejos de un centinela
miro un hombre maniatado.
El centinela dormía
y en su fusil se apoyaba:
el pobre preso lloraba
pensando en su suerte impía.
Avanzo, me inclino al suelo
y le miro frente á frente:
toma, era el pobre asistente
del hermano de Consuelo.
Él me empieza á suplicar...
Infeliz, desventurado,
exclamó, si él me ha salvado
¿por qué no le he de salvar?
Que es pobre y humilde, ¿y qué?
que no es capitan? mejor.
Le salvaré, si señor,
vaya si le salvaré.
Y de la noche al abrigo
le desato con cautela,
burlamos al centinela
y á casa corre conmigo.
Llegamos poco despues;
en mi casa por fin entro
y una vez allí me encuentro
dueño y señor de los tres.

Así á la suerte le plugo.
Los miro temblar de miedo.
Ahora con un gesto puedo
entregarlos al verdugo,
pienso: qué dicha! y lo haré!
Vuelvo dolor por dolor.
Me vengaré, si señor,
vaya si me vengaré!
Y entónces...

ALEJ. ¡Basta, villano!

SERAFIN. Y entónces...

PASC. (Llorando.) ¡Pobre de mí!

CONS. (Interrumpiéndole y sonriendo.)
Y entónces al verle allí
le abrazan como á un hermano.
Por tanto desinterés
oye frases cariñosas,
y con trazas ingeniosas
disfraza pronto á los tres.
Salen ya: pisando guijos
y piedras corren saltando
y va Serafin temblando
como si fueran sus hijos.
Oscuro está el firmamento,
les favorece la noche,
llegan, se lanzan al coche
y se alejan como el viento.
Feliz los mira marchar
y á casa vuelve saltando
por el camino y pensando:
—¡Qué susto las voy á dar!
Las diré que me vengué
y estarán llora que llora,
y poco despues,—Señora,
Consuelo, yo los salvé!
Yo que desengaños fieros
aquí sólo recibí,
me he vengado, porque así
se vengan los caballeros.—
Y entónces, ¡qué confusion,
qué alegría, qué ventura!
¡Qué cuadro, yo qué figura!

Tableau. Qué caiga el telon,
SERAFIN. (Atónito.) Estupendo portentoso!
¡Asombroso, inimitable!
ALEJ. ¿Eso es cierto? Hable usted, hable.
SERAFIN. ¡Inaudito, milagroso!
CONS. Ya en el tren irán ahora.
ALEJ. ¿Pero es cierto?
SERAFIN. Sin igual.
ALEJ. ¿Así pasó?
SERAFIN. Sin rival.
ALEJ. ¿Pero es así?
SERAFIN. Sí señora.
Puede usted ponerse hueca.
¡Qué talento!
ALEJ. ¡Sobrehumano!
¡Un Ciceron, un Luciano,
un Salustio y nn Seneca!
SERAFIN. (Con ternura.) Y ahora, Consuelo querida,
oiga mi queja importuna:
yo quisiera de usted una
venganza así parecida.
En esta casa apacible
donde me miro contento,
desesperado y hambriento,
he pasado un dia horrible.
Hambre, angustias y desden
he sufrido, y ratos malos.
Pues ¡qué diantre! hasta los palos
aquí me han sabido bien!
Cien dias como este dia
quiere aquí mi dicha escasa.
Yo no me voy de esta casa.
¡Está tan sola la mia!
Vivir quiero con las dos.
Solo viví desde niño.
Tengo hambre y sed de cariño.
¡Una limosna por Dios!
CONS. (Melancólicamente.) Serafin, perdonemé.
No soy mujer insensible,
pero pide un imposible.
SERAFIN. (Con asombro.) ¡Un imposible! ¿Por qué?
CONS. Porque ese hombre á quien salvó,

ese Gustavo, que ha huido
no es mi hermano, es mi marido!

SERAFIN. (Consternado.) Su marido!! (Me partió!!)
Y al que mi enemigo era
hoy la existencia salvaba!
Cómo! y usted me engañaba
vendiéndose por soltera!

ALEJ. (Si chilla más una homilia
ó catilinaria espeto.)

CONS. Un matrimonio secreto
por cuestiones de familia.

ALEJ. (Acercándose á Serafin.)
Valor, jóven generoso!

CONS. Su mano no merecía,
que es tan bueno!

SERAFIN. (Con amargura.) Mas valia
ser un pillo y ser dichoso!

CONS. No me guarde rencor, no.
Levante ya esa cabeza.

ALEJ. Vaya, fuera la tristeza.
Siéntese á comer.

SERAFIN. (Con firmeza.) Quién? Yo!
Sentarme á comer! Yo emigro.
Si yo me siento á comer,
vamos de fijo á tener
otro pariente en peligro,
que me cuadre ó no me cuadre
dirán que le he de librar
y yo no pienso salvar
ya, señora, ni á mi padre!

CONS. Serafin, por compasion,
le ruego que me perdone.
Vamos, que no se abandone
á la desesperacion.
Hoy por mí muriendo está,
pero ese es amor de estío
que nunca resiste al frio
y con las hojas se va.
Ese ardiente frenesí
mañana será tibieza.
¡No mueva usted la cabeza,
que siempre sucede así!

Otra dulce aparicion
verá usted de negros ojos.
Sí, dirán sus labios rojos,
suyo será el corazon:
feliz con ella en la tierra
vivirá.

SERAFIN. No por mi fe,
señora. Yo viviré
siempre solo con mi perra!
Con ella ¡perra querida!
Á ella y á mí por exceso
sólo nos dan algun hueso
del banquete de la vida!
Llanto mi faz descolora
y viene á escaldar mis manos.
Ah! lloraban los Romanos?
Dígamelo usted, señora!

CONS. (Muy insinuante.)
Por Dios, más no se lamente.
Á qué tan locos alardes?
Eso es propio de cobardes
y usted probó ser valiente.
Usted á pedir ha vuelto
como limosna mi mano...
Perdone por Dios, hermano.
¡Si yo no tengo ya suelto!
Su mal quisiera curar.
Bien mi mano mereció;
mas ¡ay! Serafin, si yo
no lo puedo remediar.
Usted en triste mansion
vive, solitaria y fria;
ésta, llena de alegría
está á su disposicion.
Pues que sin madre se ve
mi madre es la suya ya;
pues que sin familia está
desde hoy su hermana seré.
Me ama y rechaza á porfía
el cariño que le doy!

SERAFIN. (Conmovido.) No, jamás, vencido estoy.
¡Madre mia, hermana mia!

Teneis razon, es verdad.
Soy un desagradecido.
Esas manos, que las pido
con mucha necesidad!
(Las estrecha las manos con efusion.)

ALEJ. Así todo se concilia.

SERAFIN. Ya soy feliz en la tierra.
¿Podré traer á mi perra?

ALEJ. Claro; si es de la familia.

SERAFIN. Ah! gracias! Pobre animal.
Vaya un dia que ha pasado.

CONS. (Con naturalidad.)
Ve usted, Dios le ha castigado
por haber obrado mal.

SERAFIN. (Asombrado.) Cómo! Que yo mal obré?
¡Esto solo me faltaba!

CONS. Por qué se sacrificaba
usted, dígamelo usté?
Por interés, pues es llano.
Por interés, sí señor.
Fué por alcanzar mi amor,
fué por obtener mi mano.
Sí, madre, ¿por qué te admiras?
Dios en sus supremos juicios
quiere siempre sacrificios
sin interesadas miras.
¿Negais el refran los dos?
Haz bien sin mirar á quien.
Hacer el bien por el bien,
eso es lo que manda Dios.
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. quer correspond
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El mejor juez, la conciencia	1	D. L. Parejo y Reina	Todo.
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Cazar con liga	1	Eduardo Inza	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La justicia de Dios	1	D. L. Parejo y Reina	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle.	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés	»
Para tal culpa tal pena	2	José Echegaray	»
Haz bien	3	Miguel Echegaray	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses	3	R. G. Santisteban	»
La mancha en la frente	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido	»
Lo que no puede decirse	3	José Echegaray	»
ZARZUELAS.			
El laurel de oro	2	Sres. Granés, Navarro y Taboada	L. y ½ M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas: ***El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,*** y la mitad de ***El laurel de la Zúbia;*** el libro de la zarzuela en un acto ***El sargento Lozano,*** y el de la en tres llamada: ***Una cancion de amor,*** obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 23.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.